



Josué Alejandro Ramos

Egresado de la Licenciatura en ciencia política de la Universidad de Guanajuato

Instagram:
@josue.ary

Eres como yo

Un día soleado de enero me recibió en la ciudad rosada, un lugar que habitaba en los sueños de mi infancia, donde las voces de mis padres se entrelazaban con promesas de un futuro al otro lado del océano. Ahora, esas voces se materializaban mientras mis pasos resonaban en las calles de Marrakech. Rodeado de señales incomprensibles y un idioma desconocido, me encontraba a la deriva, pero con mi cámara en mano, capturando mis sentires.



Cuatro meses habían pasado sin sentir el abrazo del sol, y ahora, el calor me envolvía como un viejo amigo. Me adentré en un laberinto vacío, impregnado del aroma del vinagre, donde doce gatos hallaban refugio en la sombra. Mi curiosidad me guiaba, perdido en la ausencia de comunicación, pero sin inquietud.



Con el transcurso de las horas, los puestos cobraban vida, transformando calles y pasadizos en un mercado vibrante y caótico. Motos zumbaban a mi alrededor, esquivando con destreza a los transeúntes, en un baile de agilidad y precisión. Todo me resultaba ajeno y, sin embargo, no podía evitar sentirme cautivado por la novedad de cada momento.



En una tienda de especias exóticas, una voz en árabe intentó captar mi atención. Al darme cuenta de mi desconcierto, me abordaron en inglés, preguntando mi origen. "Soy de México", respondí en mi lengua materna. Sus sonrisas se ampliaron y, en mi idioma, me dieron la bienvenida: "Eres como nosotros, mira tu piel, tus cejas y cabello. Disfruta estar aquí".

La calidez de esas palabras contrastaba con el frío país que había dejado atrás, donde mi piel morena marcaba la diferencia con extrañeza. A medida que avanzaba, la gente me hablaba en árabe y, al notar mi confusión, cambiaban al español, diciéndome: "Eres como nosotros, bienvenido. México y Marruecos son hermanos".

Días más tarde, dejé atrás la ciudad, con rumbo al desierto del Sahara. El camino me llevó a través de las montañas del Atlas y el serpenteante Río Dadès. Incomunicado y lejos de casa,



me encontraba haciendo todo lo que mis padres me habían advertido no hacer en un viaje, y aun así, me sentía tranquilo. Las personas que conocí eran amables, compartían sus tradiciones y mostraban interés por mi distante país. "Quiero conocer México, es mi sueño", confesaban.

A lo largo del trayecto, dromedarios salvajes adornaban el paisaje arenoso. Nunca imaginé que mi intercambio académico me llevaría a presenciar la inmensidad lo que veía, un mar de arena que se extendía hasta el horizonte.



tonos rosados, el ruido, caos y alegría de la ciudad, la paz en los pueblos; gente de piel morena, cabellos rizados y cejas marcadas, voces que me rodeaban y me recordaban: "Eres como yo".

La noche me encontró en medio de las dunas, hechizado por un cielo repleto de estrellas. Al amanecer, emprendí el regreso y me crucé con un hombre que guiaba camellos. "Es impresionante, ¿verdad?", me dijo. Asentí, abrumado por la magnitud del desierto. "¿Ustedes en México también tienen desierto?", comentó. "Sí".

Yo no sabía árabe o beréber, pero siempre pude comunicarme. Curioso, le pregunté cómo conocía mi idioma. "Nunca fui a la escuela, no aprendí de los libros. Pero el desierto es un gran maestro, aprendemos de lo que oímos, el desierto es un gran maestro", me explicó.



Todo era muy distinto, pero de cierta manera se sentía como casa. La arena acariciada por el viento, colores sepia y sol todo el tiempo, las montañas al frente, dromedarios en el camino, las paredes de